

II

LA IGLESIA FRENTE AL COMUNISMO

¿Por qué una doble actitud?

Algo que llama la atención cuando se contempla el panorama de la Iglesia en el mundo de hoy es la diferente actitud de muchos cristianos —laicos y sacerdotes— ante las situaciones de injusticia y la violación de los derechos y de la dignidad del hombre, según que esas injusticias y violaciones provengan de la derecha o de la izquierda. Yo creo que esto es algo que merece reflexión, porque aunque se haga de buena fe, se traiciona la misión y el compromiso cristiano.

Cristo actuaba con libertad, defendía la verdad y la justicia, y combatía la iniquidad, sin tenerle miedo a los poderosos y sin importarle que los que la hacían fueran de este bando o del otro. En El había una sola actitud y un solo compromiso, y éste era con la justicia y con la verdad. San Pablo reclama para sí esta misma libertad y no acepta que se le quiera impedir cumplir su misión profética porque “la palabra de Dios no está encadenada”. La Iglesia de hoy, como la de todos los tiempos, a ejemplo de Cristo, tiene que

ser libre y defender la verdad y la justicia, donde quiera que estén, y combatir el mal de cualquier lado que éste se encuentre, sin reticencias ni claudicaciones y sin dejar que la conveniencia o ventajas que pueda obtener silencien su voz. La Iglesia no puede ligarse ni comprometerse con ningún régimen, ni de derecha ni de izquierda. La injusticia, el desconocimiento de la dignidad de la persona humana y la violación de los derechos humanos es mala, de donde quiera que venga.

Doble actitud.

El hecho que me preocupa es éste: hoy se nota en muchos hombres de la Iglesia, sacerdotes y laicos, una clara tendencia a pronunciarse frente a las injusticias del capitalismo, pero a callar y justificar las del comunismo. Se critica a la Iglesia si no asume una posición decidida ante los abusos del capitalismo o las luchas raciales, si no se pronunció con suficiente energía ante el nazismo o ante nuestras clásicas dictaduras, pero

no se quiere que hable ante la más feroz de las dictaduras, que es el comunismo.

Los cristianos ante el capitalismo.

Gracias a Dios la Iglesia de hoy va tomando conciencia de su papel en la promoción y desarrollo de nuestros pueblos y de su deber de colocarse junto a los pobres y tratar de llegar a estructuras sociales más justas.

En el documento preparado por el CELAM para servir de base a la II Conferencia Episcopal latinoamericana, que ha de celebrarse en Medellín, se hacen valientes planteamientos y, en una sincera autocrítica, se reconoce que “desgraciadamente muchas veces permaneció callada ante los abusos del poder civil o militar”, o por lo menos su “denuncia profética de las injusticias y la inspiración de los cambios necesarios no han tenido la extensión y la frecuencia que serían de desear”. Y aun no es raro que oigamos a cada rato voces de los sectores más avanzados llegar a justificar y propugnar con demasiada fa-

cilidad la violencia, que sólo puede quedar como un recurso extremo y excepcional, como reconoce el Papa Pablo VI en la "Populorum Progressio".

Es magnífico que la Iglesia, desligada de toda oligarquía, asuma una posición valiente y justa en favor de la justicia y de la caridad de Cristo, y demuestre que no es "el opio del pueblo" para adormecer a los pobres frente a un mundo injusto con la promesa de una felicidad eterna, porque ese fin eterno no nos dispensa, sino nos exige cumplir nuestro fin temporal, y la doctrina de Cristo no está hecha para crear cobardes, ni conformistas, ni para adormecer a nadie ante la iniquidad.

Los cristianos ante el comunismo.

Pero ¿por qué no asumimos esa misma posición, no de provocación ni de actitud cerrada, pero sí de santa y valiente libertad, frente a las tremendas injusticias del comunismo? La actitud de la Iglesia de hoy es —y debe ser— una actitud abierta y acogedora para todos los hombres, pero eso ¿nos autoriza a adoptar una postura de silenciosa y sumisa complicidad y a mostrar una complaciente simpatía a un régimen opresor de millones de hermanos nuestros?

Hace varios días recibí un recorte de prensa donde se reseñaba un acto celebrado en una Embajada de Cuba en el extranjero, en que varios eclesiásticos brindaban en fraternidad camaradería con los representantes del régimen opresor. Ese mismo día recibí una carta de una pobre mujer cubana enviada a trabajos forzados en el campo, de sol a sol, y vivien-

do en las más terribles condiciones, solamente porque ha solicitado permiso para salir de Cuba, como se hace ahora allá con todos los que solicitan salida.

Da dolor leer esa carta, en la cual esa humilde mujer describe su vida, y dice que prefiere morir antes de seguir en esa esclavitud, que le recuerda los relatos de los tiempos de la trata de esclavos. Y esta mujer no ha cometido ningún delito, no ha sido acusada de nada, simplemente quiere salir de su país, lo que en otros países se hace normalmente, sin la menor dificultad. Podrían citarse cosas tremendas, pero cito ésta sólo como una muestra de lo que es la vida en un país comunista, bajo el terror y la opresión.

Y ante el brindis de la Embajada cabe preguntarse: ¿Es que los cristianos pueden, sin traicionarse a sí mismos, cerrar los ojos y beber y brindar por el triunfo de la injusticia, de la opresión y del crimen? ¿Han pensado los que miran con simpatía al Ché Quevara —y son muchos entre los cristianos— en el régimen de oprobio y de violación de los derechos humanos que él luchaba por implantar en Latinoamérica? Podrá alabarse en él el hecho de sacrificarse por la idea que sustentaba, pero sólo, como Cristo en la parábola del mayordomo infiel, alabó la astucia de aquel sinvergüenza. Lo que no se puede, de ninguna manera, es presentarlo como el hombre que luchaba por un ideal de redención de los pobres, porque él no iba a redimir, sino a esclavizar a los pobres, como sucede en los países comunistas. Si no fuera así, ¿harían falta tantos muros y tantas alambradas,

y tantos guardias para que la gente no se escape, desesperada? Si no fuera así, ¿se escaparían tantos de Cuba, con gravísimo riesgo de su vida lanzándose al mar en simples balsas de goma y en las formas más inverosímiles?

La Iglesia debe cumplir su misión profética ante el capitalismo, pero también ante el comunismo, y no puede ser "el opio del pueblo" en un sistema ni en el otro. Debe decir lo que hay que decir a unos y a otros. Claro está que al decir esto no me refiero a la Iglesia de los países comunistas, que no pueda hablar, porque el que habla ya sabe lo que le pasa, y por eso ha sido llamada, muy justamente, la Iglesia del Silencio, sino a la Iglesia que tiene posibilidad de hacer oír su voz, y al decir Iglesia me refiero a todos los miembros del pueblo de Dios. Así, cuando nuestra actitud sea la misma con todos, tendremos una Iglesia pobre, verdaderamente evangélica, sólo comprometida con la verdad, con la justicia y con el amor.

REGALOS DE BODA,

lo más nuevo y elegante
a precios razonables
los encontrará en

PARIS VOLCAN

San Salvador.